



788107

Entrevista a Jorge Edwards:

Los Intelectuales Frente al Poscomunismo

Por Claudia Baca

● En Miami, ciudad que alberga al núcleo más importante de la disidencia cubana, tuvo lugar a fines de noviembre uno de los encuentros más curiosos del mundillo intelectual de habla hispana. Sin que los mismos organizadores de la cita se percataran, convergieron en dicha ciudad, para la X Feria Internacional del Libro, dos bandos de escritores que la guerra fría mantuvo por años alejados.

S OLO unos meses atrás, a nadie se le hubiese ocurrido pensar en una misma mesa al chileno Jorge Edwards —repudiado por los intelectuales de izquierda por su libro *Personas no gratis*, una dura crítica a la Cuba de Fidel Castro de los años 70— y a figuras del lado contrario, como la poeta salvadoreña Claribel Alegria y el escritor mexicano Jaime Labastida, director de la revista *Plural* y de la editorial Siglo XXI.

Sin embargo, ese encuentro ocurrió casi de forma fortuita, una frías noche tropical, bajo un frondoso palo de mango y al calor de unas copas de vino. Los tres conversaron animadamente como si nunca hubiesen tenido diferencias y no hubiesen trascendido 20 años. Antes quedaron las ruinas del comunismo en Europa del Este y los temas que antes alimentaron sus disputas y deshicieron sus amistades.

Unavez Alegria, quien participó al inicio de Julio Cortázar, no veía a Edwards desde hacía 20 años, aunque fueron muy amigos cuando ambos vivían en París.

Jaime Labastida, que no conocía antes a Edwards, compartió su gusto por la fruta y afirmó que nunca se imaginó estar sentado en la misma mesa con el autor de *Personas no gratis*, y menos aún estar sentado del mismo lado de la mesa. No hace mucho, el gobierno cubano se enfureció con él por haber reclamado, como le hicieron muchos escritores del mundo, la libertad de la poeta cubana María Elena Cruz Varela, quien fue solitaria, durante su arresto, a comerse u-

Edwards, quien recién presentó hace unas semanas la edición norteamericana de su famosa obra, se encuentra trabajando en un último libro de ficción y tuvo la gentileza de conversar con "El Mercurio" sobre el encuentro y las perspectivas de que cada por fin el mundo de Herlitz, que aún hoy sigue separado a los intelectuales, no sólo de Latinoamérica sino también de Europa.

Personas no gratis

—Habíamos un poco sobre la insólita de que a raíz de la Feria del Libro de Miami se reunieran sentados en la misma mesa Jaime Labastida, Claribel Alegria y Jorge Edwards.

Claribel era muy amiga mía en los años 60, en París. A Jaime Labastida no lo había conocido antes, pero cuando me hizo su revista. A raíz de la publicación de mi libro sobre Cuba, que no es un ensayo sobre ese país sino una memoria de mis tres meses y medio de estadía en ella como representante diplomático del gobierno chileno de Allende; es un libro de conflicto, un libro en que un intelectual de izquierda hace una crítica fuerte, dura, de la revolución cubana. A raíz de la publicación de ese libro, hubo un gran escándalo politoliterario en algunos sectores de nuestro mundo hispanoamericano, español e incluso francés.

Significó una división bastante grande en el mundo literario entre los que siguie-

ron siendo incondicionales de la revolución castrista y quienes adoptaron actitudes críticas, para decirlo en una forma más general. Tenían todo un abanico: desde actitudes muy extremas, a actitudes más moderadas.

Fue en ese momento, en 1971-72, a raíz de todo el quipido narrado en ese libro, que sucedió el llamado "caso Padilla", que culminó con el encarcelamiento de un poeta cubano, Heberto Padilla, a raíz de la publicación de su libro en 1972, en que narró todo el caso en detalle, y que de algún modo me envolvió a mí, se produjo una gran división en nuestro mundo cultural.

El sector de Gabriel García Márquez, Mario Benedetti y Julio Cortázar, permaneció completamente fiel a la revolución cubana; y el sector de Octavio Paz, Mario Vargas Llosa y yo mismo, se convirtió en un sector crítico.

Esa división significó que Claribel Alegria, mi amiga en París en los años 60, me diera del otro lado. Y Jaime Labastida, como director de *Plural*, era un personaje destacado del otro lado. Esa división significó, por ejemplo, que yo quedé bastante aislado respecto del exilio chileno.

Sin embargo, tuve muchas experiencias de apoyo mutuo entre intelectuales de Europa del Este, aunque parecían sorprendentemente intelectuales polares y hasta opuestos, que en el fondo compartían la posición más de deshechos amistades y se produjeron acercamientos.

—¿Quiénes de su tiempo le siguieron?

Nunca más vi a Julio Cortázar, y fue el distanciamiento que más me afectó. Tenía

y algo teniendo gran admiración por él. Y Claribel era una persona muy de la fronda, muy amiga de Julio. Así es que también dejó de verla.

Y jamás habría concebido yo, en realidad, estar sentado en una mesa con el director de la revista *Plural*. Porque la primera revista que a mí me defendió fue *Plural*, pero fue el *Plural* anterior, el de Octavio Paz. Ahí también Mario Vargas Llosa y Enríque Rodríguez Moncalán escribieron cada uno un artículo de apoyo y de explicación de mi polémico libro.

Pero, como se sabe, hubo después una gran crisis en la revista, y el grupo de Octavio Paz salió de ahí y fundó la revista *Vuelta*. Yo pasó a ser miembro de su consejo de redacción y escribí frecuentemente en sus páginas. Desde entonces quedó completamente distanciado de todo el sector de *Plural*.

Incluso en *Plural* se publicaron algunos de los ataques más fuertes contra mi libro, algunos absolutamente excentros, como se acostumbraba en ese tiempo.

Ahora me doy cuenta que muchos de los intelectuales que tomaron una gran distancia hacia mí en esos años, han experimentado ellos mismos en su propio país, en carne propia, el sectarismo cubano. Ellos mismos han sido acusados muchas veces. Acuso de entenderme que Jaime Labastida ha sido acusado por el solo hecho de publicar en su revista algunos autores cubanos disidentes, como María Elena Cruz Varela.

Yo diría que, han experimentado ellos mismos el problema del sectarismo cubano.

que en el fondo es el problema de toda las dictaduras, cualquiera sea su signo ideológico: desconfianza del intelectual que no es incondicional y que no se transforma en un instrumento manipulable. Ese es el gran problema del stalinismo y es el problema de esa versión muy su propia, del stalinismo que ha sido el comunismo, sobre todo en las últimas diez años.

Me ha tocado hace poco encontrarme en Chile con un poeta peruano que era un invitado permanente de Casa de las Américas, de La Habana: Antonio Cisneros. Cisneros se persiguió en algún momento hacer una moderna crítica, lo conversé todas las críticas encima y me dijo: "Ahora entiendo lo que te pasó a ti".

—¿Por qué le pasó a usted primero?

—Porque me vi en una situación muy clave: era el representante del Chile de Allende en la Casa de Fidel. Y además, era el primer representante diplomático de América del Sur que llegaba a La Habana después de siete años de ruptura de relaciones.

La ruptura se había producido el año 64, en Montevideo, Uruguay, en una conferencia de estados americanos bajo fuerte presión norteamericana. Y la reanudación de relaciones se produjo los primeros días de diciembre de 1970. Entre el 64 y el 70 existió un aislamiento completo de Cuba en el terreno diplomático.

Me tocó así, un escritor chileno, llegar a La Habana a abrirle a nuevos las relaciones. Y, claro, soy el personaje más observado y del que se espera más. Soy una especie de símbolo.

—Pero era un escritor, además.

—Y amigo de escritores cubanos oficiales como Roberto Fernández Retamar. Ni

Creo que la historia de la relación de los intelectuales con el mundo totalitario, con el mundo soviético, con el mundo del stalinismo es una historia enormemente dramática y complicada, que todavía está recién saliendo a la superficie.

entés Guillén o Alejo Carpentier; pero también de disidentes, como en ese momento Lezama Lima, como Enrique Labrador Ruiz, un viejo cubano que me había rubado en el marco de la revolución, y como Heberto Padilla, que al final cayó preso.

—¿Vio desde Chile, por vía muy indirecta, esa de cuando a un diplomático ex-

—Claro. Una idea estúpida. Pero al llegar a México me di cuenta que la idea no era tan buena. Un intelectual guatemalteco que vivía en México, un hombre de izquierda, Mario Monteforte Toledo, me dijo: "Éste es el tipo peor sociólogo, porque le vas a encontrar con un foro de disidencia entre los escritores cubanos que no vas a poder evitar, porque son los amigos". Y así fue.

La cosa que en Chile se veía muy bonita, ya en México se veía diferente y cuando llegué a La Habana al día siguiente de mi llegada, sabía que estaba en problemas. Asintió a un cóctel de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, y una amiga mía que prefirió no mencionarla, me advirtió: "Y a ti sabes, claro, que tu no eres persona grata aquí". A lo que le respondí: "Pero por qué", por mi amistad con Neruda (Pablo Neruda había sido atacado en una carta por los escritores cubanos). "No", me respondió. "Por razones políticas". ¡Mujeto. Mira, averigualo tu. Yo no te puedo decir más".

Neruda y la revolución cubana

—Jaime Labastida me decía que él no podía haber imaginado nunca que estuviese sentado un día en la misma mesa con Jorge Edwards y, más aún, que estuviese sentado del mismo lado de la mesa.



Jorge Edwards

Heberto Padilla

Los intelectuales frente al poscomunismo [artículo] Claudia Baca.

Libros y documentos

AUTORÍA

Edwards, Jorge, 1931-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1993

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Los intelectuales frente al poscomunismo [artículo] Claudia Baca. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile